

IMPRESIONES INVERNALES

La Cofradía Europea de la Vela es lo que su nombre dice: un grupo de amigos, de hermanos casi, vinculados por su pasión común por la mar. Cuando Juan Carlos Rodríguez Toubes me escribió diciéndome que querían elegirme como cofrade pensé que, habida cuenta de lo que suponía la agrupación y de quiénes eran los miembros que la componían —con el nombre de Toubes por delante—, en realidad formaba parte ya de ese gremio. ¿A santo de qué añadir claves protocolarias? Porque la ceremonia de investidura anunciaba solemnidad y gala, con una capa como de peregrino a guisa de uniforme.

Si hubiese dicho que no, que muchas gracias pero que ando ya viejo para según qué celebraciones, me habría equivocado. Porque el acto tuvo lugar en El Ferrol, antes del Caudillo hasta que la estatua del generalísimo fue retirada de la vía pública y de los patios particulares eliminando el último símbolo de los tiempos que es mejor olvidar. Sólo por verlo, habría merecido la pena. Si se añade que la bruma de la ría hizo novillos en la fecha elegida, de principios de febrero, y nos brindó un panorama propio de las calmas invernales del Mediterráneo, el premio se multiplica. Pero lo mejor estaba por llegar.

Cabe acercarse a Ferrol por tierra, mar y aire. La segunda de las posibilidades es más bien obvia; la ría ha albergado desde hace siglos buena parte de los oficios relacionados con la Armada y conserva aún activos los astilleros de los que salen buques de guerra hasta en momentos tan difíciles para la paz y para la guerra como los de estos años. Hablando de carreteras, Galicia había sido siempre una especie de Cenicienta dejada de la mano de los dioses pero las cosas

CAMILO JOSÉ CELA CONDE

Cofrades



Un buque de la armada, en aguas de Ferrol. FOTO: EFE

han cambiado no poco con las autopistas que acercan el país de los celtas al de los iberos. Así que allá fuimos Cristina y yo desde Madrid, por la AP6 (la p viene de peaje) hasta el extremo noroeste de la piel de toro, para enterarnos de que hay un vuelo directo todos los días desde Palma a la Coruña. Da lo mismo. Es mejor cruzar los montes gallegos a ras de tierra. Siempre aparece alguna que otra meiga detrás de una loma.

Con la capa puesta, el diploma en mano y la salve marinera en los oídos, pude darme cuenta de que en realidad la Cofradía Europea de la Vela no es lo que proclama. Allí me topé con los compañeros de siempre de las regatas mejores: Juan Carlos Toubes, claro es, Toni Tió, Enrique Curt, Xisco Villalonga, Miguel Puigserver... Incluso mi primo Manolo Cela que, en un alto en el camino del puente de mando de algún que otro dragaminas, ejerce tareas diplomáticas en Lisboa. Marcial, no fue; Marcial Sánchez Barcáiztegui se había quedado en Mallorca en espera de tiempos más propicios. Mientras volvíamos con la memoria hacia las regatas espléndidas de los años mejores, aquéllos en los que no había GPS en la mesa de navegación, ni titanio en los herrajes, ni carbono en la arboladura, ni mylar en las velas; aquéllos en los que contaba el sentido marinero por encima del presupuesto, me di cuenta de que en realidad estábamos en un cementerio de elefantes, por no decir de dinosaurios. Aunque en realidad es ésa la cofradía mejor que se pueda imaginar: la reunión de quienes se encuentran en el ambiente que quieren y rodeados de los amigos que quieren. Queda pendiente saltar de nuevo a bordo, izar las velas y huir en busca de viento fresco mientras el cuerpo aguante.